

¿Cómo entramos en el corazón y qué encontramos cuando entramos?

Kallistos Ware,
Obispo de Diokleia

Kallistos Ware dio la siguiente charla durante una conferencia sobre el Hesicasmo y el Sufismo titulada «Senderos hacia el Corazón», en la Universidad de Carolina del Sur, en Octubre del 2001.

El ortodoxo ruso San Serafín de Sarov dice: «Adquirid la paz interior y miles de personas a vuestro alrededor encontrarán su salvación.

» Y podríamos considerar esta declaración en su forma negativa: Nunca conseguiremos la paz en el mundo que nos rodea si no tenemos cierta medida de paz en nuestros propios corazones. Mi segunda cita es de Dag Hammarskjöld, Secretario General de las Naciones Unidas en cierta época: «Comprender mediante la quietud. Actuar a raíz de la quietud.

Conquistar en la quietud.» Éstas son las palabras de alguien que llevaba una vida intensamente activa con muy grandes responsabilidades.

«Obrar a raíz de la calma.» A menos que por la gracia de Dios poseamos una cierta quietud en el corazón, una cualidad designada en la tradición mística griega ortodoxa con la palabra hesychia, nuestras acciones serán superficiales e ineficientes. Pero si actuamos desde la quietud nuestras acciones pueden tener un efecto sanador y transfigurador mucho más allá de lo que podemos imaginar.

«Actuar desde la calma.» La acción contemplativa es la más poderosa de todas las acciones.

En una de sus cartas, San Barsanuphios de Gaza (siglo VI) dice, de paso, que en el momento presente hay tres

personas cuyas oraciones protegen esta generación perversa

y pecadora de la ira de Dios y, por estas tres personas y sus oraciones, el mundo sigue existiendo.

Y después menciona sus nombres.

Juan, dice, es una de ellas; Elías es la segunda; y la tercera es una persona de la provincia de Jerusalén. Ahora es de suponer que esta tercera persona es él mismo, ya que vive en Gaza. Pero las dos primeras, Juan y Elías, nos son totalmente desconocidas. Por tanto, aquí tenemos la palabra de un santo, dotado de perspicacia, que nos dice que la gente que preservaba el mundo de la destrucción eran tres personas, dos de las cuales eran históricamente completamente desconocidas, y la tercera era un ermitaño en el desierto. Las personas más importantes de cualquier generación no son necesariamente aquellas cuyos nombres destacan en los libros históricos. En los tiempos de Barsanuphios, se podría pensar que las personas más importantes eran el emperador Justiniano y su general Belisario. Pero, de hecho, en todas las épocas, el mundo es sostenido por la oración de santos desconocidos -cristianos y, creo, también no cristianos. Por lo tanto, al tratar de la oración interior en esta conferencia no somos evasivos o «escapistas». Buscamos una solución a los problemas del mundo en el único nivel donde, al final, se puede encontrar una verdadera solución. Orar en espíritu y en verdad es ser sumamente eficiente.

La oración tiene consecuencias políticas de gran alcance.

Ahora llego a mi tema de esta velada. En mi vida y también sin duda alguna en la vida de todos los presentes conmigo en este atardecer, ha habido ciertos textos, pasajes de poesía o prosa que, una vez leídos, nunca se han olvidado. Quizás, para la mayoría de nosotros, estos textos son poco numerosos, pero a pesar de haber sido escasos, han cambiado nuestras vidas, ayudándonos a

hacer lo que somos. Uno de estos textos que se refiere al curso entero de mi vida es un párrafo de las Conjeturas de un Espectador Culpable de Thomas Merton -un párrafo sobre lo que él llama le point vierge, el punto virginal:

«En el centro de nuestro ser está un punto de la nada preservado del pecado y de la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece enteramente a Dios, del cual nunca podemos disponer y desde el que Dios dispone de nuestras vidas, un punto inaccesible a las fantasías de nuestra mente o la brutalidad de nuestra voluntad. Este pequeño punto de la nada y de absoluta pobreza es la pura gloria de Dios en nosotros. Es por así decir Su Nombre escrito en nosotros. Lo mismo que están nuestra pobreza, nuestra indigencia, nuestra dependencia y nuestra filiación, está este puro diamante que brilla con la luz invisible celestial. Está en todo hombre. Y si pudiéramos verlo veríamos estos billones de puntos de luz juntándose en la faz y resplandor de un sol que haría desaparecer completamente toda la oscuridad y crueldad de la vida. No tengo receta para esta visión; sólo se da. Pero la Puerta del Cielo está en todas partes.»

En este pasaje, Merton, de hecho, no utiliza la palabra «corazón», pero se refiere seguramente, con perspicacia y precisión, a lo que el Oriente cristiano quiere decir en su teología ascética y mística cuando se refiere al corazón profundo. Por lo tanto sus palabras son un epígrafe apropiado a mi charla de esta tarde en la que estaré haciendo dos preguntas: ¿Qué queremos decir por corazón y qué encontramos cuando entramos en él?

Así que volvemos a mi primera pregunta: ¿Qué es el corazón? A mi padre espiritual, un sacerdote ruso de la emigración, el padre George Sheremetiev, le gustaba citarme la obra de Antoine de Saint-Exupéry, El Principito, y le gustaba particularmente citar las palabras de despedida del zorro: «Adiós, dijo el zorro, y ahora aquí está mi secreto. Es muy sencillo. Sólo con el corazón podemos ver

bien. Lo que es esencial es invisible al ojo.» Sólo con el corazón se puede ver bien. Eso expresa exactamente el significado del corazón en las tradiciones espirituales.

En su interpretación moderna, se piensa que el corazón designa las emociones y los sentimientos pero si nos referimos a las Escrituras, al Antiguo y Nuevo Testamento, encontraremos que no se entiende el corazón de esa manera. En la antropología simbólica de las Escrituras cristianas, las emociones y los sentimientos no moran en el seno sino más abajo, en las vísceras y las entrañas. El corazón no es básicamente la sede de las emociones, sentimientos y sensibilidad, aunque es la sede del amor. El corazón es más bien el centro espiritual de la persona entera, la base de nuestro ser, la raíz y fuente de toda nuestra verdad interior.

El corazón es aquello que nos da la visión espiritual, como lo señala muy justamente el zorro. Y en la Biblia, no hay contraste entre la mente y el corazón. Pensamos con nuestro corazón. Por lo tanto «corazón» designa la interioridad de nuestra persona en su totalidad.

Por ejemplo, en Efesios 3 el corazón equivale al nombre interior, ho eso anthropos, lo cual es nuestro ser interior: «Que se digne Dios fortalecer vuestro hombre interior, o vuestro ser interior, con poder por Su Espíritu y que Cristo more en vuestros corazones por la fe.» Aquí el ser interior equivale al corazón el cual es un símbolo que lo abarca todo, un símbolo de totalidad.

Cristo dice en el Sermón de la Montaña: «Donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón» (Mateo 6, 21). El corazón es el lugar donde formulamos nuestras principales esperanzas, donde expresamos nuestro sentido de dirección, nuestro propósito en la vida. Es el centro moral, es el que determina nuestra acción. Equivale a lo que hoy en día llamamos conciencia. Y si tomamos otro texto que nos es familiar: «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.» (Lucas 2,

19). Aquí el corazón es el lugar donde reflexionamos, el lugar del pensamiento, de la conciencia, la sede de la memoria.

Al mismo tiempo, sin embargo, a causa de nuestra naturaleza caída, a causa de nuestro pecado, el corazón es profundamente ambivalente, es un campo de batalla. Como dice Cristo: «Del corazón salen los malos pensamientos.

» El corazón es el lugar donde nos encontramos cara a cara con el poder del mal y el pecado dentro de nosotros. Sin embargo, el corazón es también el lugar donde encontramos a Dios. Es el lugar exacto de la inhabitación divina como dice San Pablo en un texto muy importante: «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!» (Gálatas 4, 6). Así que, como veis, aquí el corazón es la morada del Espíritu Santo.

El corazón es el lugar de la auto-trascendencia. El corazón es el lugar donde mi oración se convierte, bajo la Divina Misericordia, en la oración de Cristo y del Espíritu Santo dentro de mí. «Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.» (Gálatas 2, 20). Por lo tanto, de esta forma el corazón es la persona humana en su aspecto de creación a la imagen y semejanza de Dios.

El significado del corazón está expresado de forma hermosa por el benedictino francés Henri Lassaux. En su libro sobre la oración dice: «El corazón es el lugar de nuestro origen en el que el alma, viniendo de las manos de Dios, se despierta a sí misma.» Otro texto importante sobre el corazón que quiero mencionar, entre tantos en la Escritura, es de Salmos 64, un texto clave en la teología néptica ortodoxa: «El corazón es profundo.» Lo que esto quiere decir es que la persona humana es un profundo misterio. Por lo tanto, en las Escrituras, el corazón significa a la vez una realidad física y un centro síquico y espiritual.

Cuando hablamos del corazón en términos bíblicos, no hay dicotomía mente-corazón, no hay contraste cuerpo-alma. «Corazón» significa la persona humana vista como unidad indivisible. El corazón es símbolo de un todo entero, de integración. La antropología bíblica del corazón es una antropología holística.

¿Qué encontramos cuando nos volvemos hacia los Padres griegos? Sus enfoques son diversos. Algunos adoptan una postura platónica, contrastando la mente con el corazón y asociando el corazón con los sentimientos, o también no dándole un significado especial; pero otros conservan la riqueza y el significado que encontramos en las Escrituras.

Dan al corazón un sentido global, holístico. El corazón es el centro de la persona, la sede de la sabiduría, el lugar de la visión interior. Tomad, por ejemplo, las palabras de San Juan Clímaco, Abad del Monte Sinaí, en su trabajo La Escala de la Ascensión Divina, obra que los monjes ortodoxos deben leer cada Cuaresma.

«Grité con todo mi corazón,» dice el salmista, «es decir, con mi cuerpo, mi alma y mi espíritu.» En este pasaje, «corazón» indica la totalidad de la persona humana; incluye el cuerpo pero también es una realidad síquica y espiritual. Un autor que conserva a un grado excepcional el sentido bíblico totalmente semítico del corazón es el autor de las Homilías, Pseudo-Macario, un texto escrito en griego a finales del siglo IV, tradicionalmente asociado con San Macario de Egipto, aunque su origen de hecho es sirio más que copto. «El corazón -dice el autor de las Homilías- gobierna y reina sobre todo el organismo del cuerpo, y cuando la gracia posee los pastos del corazón, gobierna todos los miembros y los pensamientos, porque allí en el corazón está el intelecto.

» La palabra griega para traducir «intelecto» es nous, lo que no implica el cerebro razonador ni el poder de la argumentación discursiva. Implica en su lugar la facultad de la visión interior por la cual captamos la verdad

espiritual, no como parte de un argumento razonado sino inmediatamente.

Allí en el corazón está el intelecto, el nous y todos sus pensamientos, y cuando la gracia posee el corazón, penetra también todos los miembros del cuerpo. Cuando leemos estos primeros escritos sobre el corazón, debemos recordar que sus autores no pensaban en términos de la circulación de la sangre como lo hacemos nosotros; no pensemos en el corazón como en una bomba surtidora sino en un recipiente, una vasija vacía, con sólo espacio y aire. Así es como Macario habla de los pastos del corazón o de sus praderas. De esta forma, cuando entráis en el corazón, es como si os fuerais a Edmuntton en Inglaterra y mirarais las anchas planicies que se extienden alrededor vuestro. Dice Macario que el corazón gobierna y reina sobre todo el organismo del cuerpo, por lo tanto el corazón es ciertamente un centro físico, y cuando cesa de latir, la persona muere. Pero el corazón es también el lugar donde mora el intelecto, el nous o la comprensión espiritual, y es el lugar donde uno experimenta la gracia. Por lo tanto, el corazón es el lugar de encuentro entre lo Divino y lo humano, entre lo espiritual y lo físico, entre la gracia de Dios y nuestra libertad.

Dentro del corazón, las profundidades insondables de Macario corresponden en cierta forma a lo que llamamos ahora el inconsciente, esos aspectos de nosotros que aún no conocemos.

«En el interior del corazón -escribe él-, existen profundidades insondables, hay salones y dormitorios, puertas y porches y muchas oficinas y pasillos. Es el taller de la virtud; en el corazón está también el taller de la maldad.

En él está la muerte y en él está la vida.» Entonces, el corazón es el lugar donde moran ambos, el mal y el bien -el campo de batalla, el centro moral. «El corazón es el palacio de Cristo: allí está Dios, allí están los ángeles, allí están la

vida y el reino, allí están la luz y los apóstoles, las ciudades celestiales y los tesoros de la gracia; todo está allí.» Podéis ver cómo el corazón, según Macario, es un símbolo de totalidad, todo lo abarca y sobre todo es el lugar de la Divina habitación. Es el lugar donde nuestra persona humana se hace transparente a lo Divino, donde me siento en las fuentes de agua viva de Dios, abrazado por Dios, donde Dios está trabajando en mí. Por lo tanto, el corazón está abierto desde abajo y desde arriba.

Está abierto abajo al abismo del subconsciente, y está abierto arriba al abismo de la divina gracia.

Mil años después de Macario, San Gregorio Palamas, el gran maestro espiritual del hesicasmo del siglo XIV, da exactamente el mismo sentido lleno de riqueza al corazón.

Lo llama «el cuerpo sumamente interior (más íntimo) dentro del cuerpo», «el santuario de la inteligencia» y «el principal órgano intelectual del cuerpo.» Así, pensemos con nuestro corazón. «Es el órgano que rige -dice Palamas-, el que da a nuestra persona humana el propósito y el sentido», y añade a continuación: «Es el trono de la gracia.» De todas formas, cuando la Philokalia utiliza la frase «oración del corazón» esto no se refiere a una oración llena de afectividad en el sentido que le da Occidente, una oración en la que intervienen la sensibilidad y las emociones. Designa una oración de toda la persona, una oración en la que participan tanto el cuerpo como el alma y el espíritu.

Después de todo, «El cuerpo es el mensajero del alma», como dice San Máximo el Confesor, y deberíamos intervenir físicamente en la tarea de la oración.

Por lo tanto, la oración del corazón es una oración de toda la persona, cuerpo, alma y espíritu. Pero como el corazón es el lugar de la divina habitación, en la oración del corazón no sólo oro yo. Cristo y el Santo Espíritu oran dentro de mí. Los que logran orar con la oración del

corazón tienen esta experiencia. «Descended a vuestro corazón» es una expresión que se encuentra a menudo en los autores hesicastas ortodoxos. «Descubrid el lugar del corazón.» «Unid vuestro nous», vuestro intelecto, dentro de vuestro corazón. Estas palabras quieren decir que deberíamos esforzarnos para integrarnos en Cristo. Entrar en relación con nuestro ser profundo. Descubrir la verdadera dimensión de vuestra persona. Realizaros como seres creados a la Divina Imagen. Encontrar a Dios en vuestro ser profundo.

Ahora llego a mi segunda pregunta: Si eso es lo que significa el corazón, ¿cómo entramos en él? El gran escritor victoriano Thomas Carlyle un domingo volvió a casa del servicio religioso de la mañana, de mal humor, y dijo a su madre durante la comida: «No entiendo por qué se predicán homilías tan largas. Si yo fuera el ministro subiría al púlpito y no diría más que esto: ‘Buena gente, sabéis lo que deberíais hacer; ahora marchad y hacedlo.’» Y su madre contestó: «Sí, Thomas, y ¿les dirías cómo hacerlo?»

Por lo tanto, ¿cómo debemos entrar en el corazón? Mi contestación basada en la tradición hesicasta es decir que no hay una manera única de entrar. El encuentro con Dios es personal.

La oración es una persona, yo, hablando a otra persona, Dios, o más bien a tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La oración es personal y es, por lo tanto, una expresión de libertad; es diversa porque todos somos diferentes. Así, nos expresamos en la oración cada uno de manera única. Quizás os acordáis de la historia contada en los Cuentos de los Hasidim por Martin Buber, referentes a Rabbi Zussia. Rabbi Zussia decía: «En el Último Juicio no me preguntarán: ‘¿Por qué no fuiste Abraham? ¿Por qué no fuiste Moisés?’ Me preguntarán: ‘¿Por qué no fuiste Zussia?’» Dios tiene una visión de toda la eternidad de la persona en cada uno de nosotros. Nos incumbe realizar la visión de Dios haciendo uso de nuestra libertad personal, y

en el Último Juicio Dios no me preguntará por qué no fui Moisés o Abraham, por qué no fui San Juan Bautista o San Serafín de Sarov. Dios me preguntará porqué no fui mi verdadero yo. Ésa es nuestra meta, llegar a ser de verdad nosotros mismos, llevar a cabo la visión que tiene Dios de cada uno de nosotros de toda la eternidad. Somos libres y, por lo tanto, cada uno es único. Buber cuenta otros dos dichos judíos: «Dios nunca hace dos veces la misma cosa» y «el universo necesita de cada uno.» Si yo fuera exactamente igual a otra persona, no habría para mí razón de existir. En el libro del Apocalipsis se dice que en la era venidera Dios nos dará a cada uno una piedra blanca en la que estará escrito un nombre nuevo, y este nombre nuevo será conocido sólo de Dios y de la persona que lo recibe. Eso es una manera de expresar la unicidad de cada persona humana. Existe en el interior de cada uno de nosotros un misterio conocido sólo de Dios y, en un grado muy reducido en este momento, de nosotros. Pero en la era venidera sabremos más, por la misericordia de Dios.

Entonces, ¿cómo entramos? Hay muchas maneras de entrar, pero el sendero clásico dentro de la Iglesia Ortodoxa es la Oración de Jesús, la invocación del Santo Nombre de Jesús.

No afirmo que tenga cualquier monopolio.

Ciertamente no deberíamos identificar la Oración de Jesús con la espiritualidad ortodoxa como tal; no deberíamos decir que es el único camino; no deberíamos decir que es el mejor camino. Todo lo que deseo decir sobre la Oración de Jesús es que me ha ayudado, ha ayudado a muchos otros, y quizás podría ayudaros también.

Ahora, en la tradición ortodoxa, el Nombre de Jesús se invoca generalmente con la fórmula «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí.» Se puede decir al final: «Ten piedad de mí, pecador.» Se puede hacer participar a la Santa Madre de Dios, o a los ángeles o los santos. «Señor

Jesucristo, Hijo de Dios, por las plegarias de la Theotokos, ten piedad de mí.» O de nuevo: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, por la protección de mi ángel de la guarda, ten piedad de mí.» O podéis decir: «Ten piedad de nosotros.» Mucha gente encuentra la forma estándar, «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí», demasiado larga y podrían preferir utilizar una fórmula más corta, «Señor Jesús, ten piedad.» «Mi Jesús» era a veces lo que el hesicasta del Siglo XIV decía.

En el siglo XIX, San Ambrosio de Optima recomendaba decir el Nombre de Jesús simplemente sólo, lo que fue probablemente lo que hacía normalmente el Occidente latino, aunque muchos ortodoxos encuentran que pronunciar únicamente el Nombre de Jesús es casi demasiado poderoso y necesita ser diluido con otras palabras. Lo que todas estas formas tienen en común, sin embargo, es el Nombre de Jesús. Por lo tanto, para mí, la Oración de Jesús comprende cualquier corta invocación, frecuentemente repetida, que contenga el Santo Nombre de Jesús. Y debemos acordarnos del sentido del Nombre de Jesús que significa «salvador» o «salvación». «Le del calendario de la Iglesia y leen la Sagrada Escritura, la Biblia. La Oración de Jesús no es un sustituto pero es un realce.

Existen dos maneras de recitar la Oración de Jesús. La primera es una manera libre en todos los momentos del día que pasa, momentos que, de otra forma, podrían ser desperdiciados: al despertar, al vestirse, limpiar nuestra habitación, andar de un lugar para otro. El propósito de esta libertad es encontrar a Cristo en todas partes. Y luego está el uso fijo de la oración, si podemos llamarlo así, cuando la Oración de Jesús es parte de nuestro tiempo de oración, cuando no hacemos nada más, cuando intentamos concentrarnos tan completa y profundamente como podamos en la oración, excluyendo otros pensamientos. Y

aquí, podríamos decir, el propósito de la Oración de Jesús se resume en la palabra: «Cread silencio.

» Si deseamos decir la Oración de Jesús de esta manera fija, se os aconseja encarecidamente que busquéis un guía espiritual, que no sigamos nuestra propia iniciativa. Podemos también, cuando decimos la Oración de Jesús de esta manera fija, aunarla con el ritmo de nuestra respiración para que también el cuerpo tenga parte en la Oración. Como dice San Gregorio Nacianceno: «Acordaos de Dios más a menudo de lo que respiráis.» Y también podemos utilizar una cuerda de oración, el equivalente ortodoxo de un rosario.

El propósito primordial de la cuerda de oración no es el de medir el número de veces que decimos la Oración de Jesús porque la cantidad no es el punto más importante. El propósito es que tengamos una repetición rítmica y con regularidad de la oración. La enseñanza ortodoxa nos dice que la Oración de Jesús debería ser como un arroyo que fluye suavemente. Sin embargo nos dice la experiencia que si damos a nuestras manos alguna actividad mientras oramos, esto contribuirá a recoger nuestro ser tan fácilmente disperso.

La Oración de Jesús es, naturalmente, una oración Cristocéntrica. No está dirigida simplemente a Dios; está dirigida a la Segunda Persona de la Trinidad, a Jesús que nació en Belén, que es el Hijo de Dios, que fue crucificado y que resucitó de entre los muertos. Por lo tanto, la Oración de Jesús no es una incantación rítmica destinada a facilitar la relajación o la concentración; es una confesión de fe. Es una confesión de la fe en Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador. Es también una oración trinitaria. Se pregunta a veces: «¿Está la Trinidad presente en la Oración de Jesús?» Mi respuesta es: Sí lo está, aunque de manera más implícita que explícita. Nos dirigimos a Jesús como Hijo de Dios, pero al hablar de Él como Hijo señalamos a la persona de Su Padre. Además, el Espíritu también está

presente aunque no lo nombremos. Uno de los textos clave en la tradición de la Oración de Jesús es 1 Corintios 12, 3, que dice que «Nadie puede decir 'Jesús es Señor' sino con el Espíritu Santo.» Por lo tanto, el Espíritu Santo no está abiertamente llamado en la Oración de Jesús, pero está en el ambiente en el que se invoca el nombre.

Gerard Manley Hopkins, en uno de sus poemas, compara a la Virgen María con el aire que respiramos: «Sé tú nuestra atmósfera, Oh Madre querida.» También podríamos decir que el Espíritu Santo es nuestra atmósfera. La Oración de Jesús es, por lo tanto, una oración trinitaria y debo decir como cristiano que sólo puedo orar en la Trinidad. No puedo aceptar la sugerencia que podría llegar más allá de la Trinidad, trascender la Trinidad y acceder a algún nivel más alto de unidad divina. No pediría a una persona con una fe diferente que trascendiera la Divina Unidad y accediese a la Trinidad, pero yo, desde el lado cristiano, debo decir que no puedo ir más allá de la Trinidad.

Esto es fundamental para mi oración. Para mí, la unicidad y las tres personas en Dios son igualmente fundamentales.

Ahora bien, lo que distingue la Oración de Jesús de otras oraciones cortas es la presencia en ella del Santo Nombre. Como dice el texto del siglo II El Pastor de Hermas: «El Nombre del Hijo de Dios es grande y sin límite, y sostiene el mundo entero.» La Oración de Jesús no es un talismán mágico, y se obtiene muy poco con una simple repetición mecánica. Al mismo tiempo, los nombres, todos los nombres personales y sobre todo el Nombre de Dios encarnado, aunque no sean mágicos, poseen un valor sacramental. Un nombre es un signo eficaz y dinámico que se vincula a la presencia.

Nombrar a una persona, invocar su nombre personal con confianza y afecto es una manera práctica y poderosa de hacérsela presente, y ni siquiera empezaremos a entender la tradición de la Oración de Jesús hasta que nos

demos cuenta de que existe una relación vital, dadora de divina gracia, entre el Nombre y El que se nombra.

La Oración de Jesús es una oración con palabras, pero a causa de la extrema sencillez de las palabras, a causa de su repetición constante, es una oración que lleva al silencio a través de las palabras, lo que nos permite descubrir la dimensión del silencio escondido en las palabras. Hablamos cuando rezamos la Oración de Jesús pero escuchamos al mismo tiempo.

Sería bueno para nosotros reflexionar, en medio de este tiempo conflictivo, sobre el valor del silencio. San Ignacio de Antioquía, al principio del siglo II, con una frase lapidaria, llama a Jesús «la Palabra que vino del silencio.» El silencio es una de las fuentes profundas de nuestro ser. Sin silencio no somos verdaderamente humanos. Como dice Friedrich von Hügel: «Como personas somos lo que hacemos con nuestro silencio.» Pero el verdadero silencio no es negativo, ausencia de sonido, pausa entre las palabras. El silencio es positivo -no es ausencia sino presencia; no es vacío, nulo, sino plenitud; no es aislamiento sino conciencia del otro. En los Salmos se dice no sólo «Estad tranquilos» sino «Estad tranquilos y sabed que yo soy Dios» (Salmo 46). El verdadero silencio -hesychia, quietud del corazón- es ser consciente de Dios.

¿Cómo nos ayuda la Oración de Jesús a alcanzar este silencio creativo? No es una oración salida de la imaginación, ni una forma de meditación discursiva; no tenemos que pensar en incidentes particulares de la vida de Cristo o en dichos y parábolas específicos. Nuestra esperanza es lograr, en la oración, simplemente un sentido de presencia total. La oración debe ir marcada por una sensación de tierno amor y de ferviente devoción, pero no debe ser acompañada, en lo posible, por ninguna palabra, imagen o concepto. Los razonamientos del cerebro, la dianoa, están suspendidos pero no así el intelecto espiritual. Por lo tanto, la Oración de Jesús es una forma de

oración apofática, no-icónica. «Orad -dicen San Kallistos y San Ignacio Xanthopoulos-. Orad sin imágenes, figuras o formas, con un intelecto, un nous y un alma enteramente puros. Mantened siempre vuestro intelecto desprovisto de color, formas, figuras y configuración, sin ninguna calidad o cantidad.» Lo que buscamos en la Oración de Jesús, por lo tanto, no es un análisis sino una invocación, no una reflexión abstracta sino un encuentro personal. Tenemos que apartar los pensamientos en el sentido discursivo, pero no debemos apartar nuestra conciencia amorosa de la presencia de Jesús en un sentido no discursivo. Como dice San Gregorio de Nisa: «El novio está presente pero no se le ve.» Así, eso es la meta de la Oración de Jesús, un simple sentido de presencia, un estado de contemplación sin imágenes.

Ahora bien, la Oración de Jesús lleva a continuación a cosas de las que no puedo hablar esta noche. Lleva a una visión de luz a dos niveles. Primero está la luz creada del intelecto, cuando experimentamos nuestra personalidad humana como luminosa. Y después continúa llevándonos a la luz increada de Dios, a una visión de la luz que brilló de Cristo en la transfiguración del Monte Tabor. Nosotros, los ortodoxos, creemos que esta luz del Tabor, vista por los tres discípulos en la montaña, vista por los santos en oración, no es una luz creada de los sentidos; es la energía increada de Dios pero no es la Esencia Divina. Sin embargo, las energías son el mismo Dios y, por lo tanto, al estar unidos con las energías, los santos se encuentran cara a cara con Dios. También se entiende que es la luz que brillará de Cristo cuando vuelva a la tierra en Su Segunda Venida. Es la luz de la era venidera y es, por tanto, escatológica, siendo un verdadero anticipo de la visión beatífica. En nuestra tradición creemos que los santos, sin duda alguna, disfrutaron, por la Divina Gracia, de la visión beatífica en esta vida.

Para el Hesicasmo, el corazón es el centro de la persona humana, el lugar de la visión. Para el Hesicasmo, el corazón es el sitio de la Divina inhabitación. Es el lugar de la unión Divina alcanzada por el recuerdo y la invocación a través de la devoción al Santo Nombre con énfasis sobre la necesidad de tener un guía espiritual y una repetición disciplinada, reforzada por el control de la respiración y por el uso de la cuerda de oración o rosario. En la tradición hesicasta, la invocación del Santo Nombre nos lleva a un punto donde la oración llega a formar parte de nosotros, no sólo algo que hacemos, sino algo que somos y ello nos puede llevar a un punto en el que ya no somos conscientes de la dicotomía sujeto-objeto, ya no conscientes de que estamos orando a Dios, lo que nos lleva a su vez al punto en el que Dios es todo en todos. Como dice T.S. Eliot: «Eres la música mientras dura la música.» Y dice San Juan Casiano: «La oración no es perfecta cuando el monje es consciente de sí mismo o del hecho de que en realidad está orando.»

Permitidme terminar con una historia de los Padres del Desierto que expresa seguramente nuestra gran esperanza. La historia se refiere a Abba José de Panephysis de los Dichos de los Padres del Desierto. Un monje fue a ver al Abba José y le dijo: «Abba, intento hacer lo mejor que puedo. Rezo unas cuantas oraciones cada día, hago metanías, observo los

